

en el Cristianismo puede encontrarse la verdad sin mezcla de error y sin estar desfigurado. Siempre se encuentra un escollo á uno ó á otro lado; aquí hay exageración, allí atenuación de la verdad. Sólo la idea cristiana ha sabido evitar esos extremos, y es curioso ver cómo ha tenido éxito en la cuestión que actualmente tratamos. Y esta doctrina ha tenido la misma suerte en las escuelas de los maestros laicos. Parece que han tenido el designio de preparar al Cristianismo la gloria de haber conservado el Justo Medio, aun en la doctrina del Justo Medio.

Puédese, si se quiere, llamar á este principio el pensamiento fundamental del Iluminismo alemán en el siglo último. Pero, concebido así, ¿qué sentido tiene? ¿Qué se proponen, sino la medida media, esos filósofos del mundo que con tanta precisión y con tanta originalidad nos ha pintado Erdmann como imitaciones perfectas de los sofistas, de los ecléticos, de los escépticos y en particular de los sincréticos, enemigos jurados todos de toda escuela con doctrina cerrada? Es precisamente lo que más les falta. Hacer de la fe agua pura, de la moral sopas de leche para niños, y de la Religión un comodín, dejar al hombre que ande solo por medio de la virtud burguesa tan fácil de adquirir, y de la honradez, enseñándole la habilidad para sacarle á todo la substancia y obtener provecho de un mal negocio, ved el más elevado fin á que aspiraban los representantes de esa filosofía popular, los Merian, los Lambert, los Sulzer, los Meiners, los Garve, los Nicolai, los Moisés Mendelsshon, los Maupertius, los Engel, hombres todos, cuya máxima favorita era: ¡Todo, menos los sistemas! ¡Todo, menos los extremos! ¡Todo, pero sin fanatismo! ¡Todo, sin exageración! ⁽¹⁾

Es indudable que, en la actualidad, ese género de filosofía está muerto; pero continúa existiendo en la vida, sobre todo cuando se trata de religión. Todos conocemos á esos entusiastas del Justo Medio, como se llaman ellos á sí mismos, padres, madres, maestros, directores de la opi-

(1) Erdmann, *Gesch. der Phil.*, (2) 1870, II, 257, 261, 283.

nión pública que no ven más que un peligro, que en su espíritu no tienen más que un temor cuando rezan la última petición del *Padre nuestro*, el exceso. Ni siquiera piensan en que, al lado del exceso, puede existir también el defecto. Lo que más valor tiene á sus ojos, es una religión humana sin superfluidades clericales, una piedad de corazón, tranquila, sin ostentación, y una moral cómoda y que no cueste nada. Y aun pretenden con esto ser buenos y piadosos cristianos. Pero jamás se dejarán persuadir de que pertenece á la Religión cristiana la obra exterior superflua; y de eso, saben y entienden ellos más que los sacerdotes y que los frailes fanáticos.

Es poco más ó menos lo que forma el miserable y raquítico contenido de la filosofía china; también para ella consiste toda la virtud en el Justo Medio. El Justo Medio, debe existir en el mundo para conservar el equilibrio. Ciertamente que no es esto dificultad para hallarlo. El Evangelio habla de una puerta baja y de un camino estrecho; lo que significa que son pocos los que llegan al fin. Pero no sucede lo mismo con el racionalismo del Justo Medio y de los chinos. Considerados en general, los hombres son buenos; los malos, forman raras excepciones. Sobre todo, nada de exigencias exageradas en lo que pueden dar. ¡Fuera la supererogación! ¡nada más que la moderación! No se necesita ni demasiado mucho, ni demasiado poco; ni demasiado calor, ni demasiado frío; no hay necesidad de estar ni demasiado alto, ni demasiado bajo, no hay que ir ni á la derecha, ni á la izquierda; no se quiere ni ira ni gozo, ni demasiado dolor, ni alegría sin medida; y ante todo, nada de exaltado entusiasmo. ⁽¹⁾

No es extraño que este Pelagianismo doméstico, esta fuga fanática de todo fanatismo, haya podido corromper á muchos en el primer instante, y que haya ido en aumento esta corrupción desde los tiempos de Wolff y de Voltaire. Entre tanto, dice con razón Wuttke: «Si China no ha tenido fanatismo, tampoco ha tenido ningún ideal; no

(1) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 41, p. 124 y sig., 127 y sig.

ha vivido de exageraciones, más tampoco de entusiasmos». (1) No conoce la supererogación religiosa; y no es porque sea su pueblo más inteligente que ningún pueblo de la tierra, sino simplemente porque no hay nada que pueda despertar su entusiasmo. Jamás se ha elevado sobre la vida prosaica de la tienda, sobre un fin puramente terrestre. No puede tener origen el fanatismo, sino donde hay algo más elevado, algo que se pueda comprender y alcanzar. Pero cuanto más lejos de la realidad se pone ese fin, mayor es el riesgo que se corre de llegar á una caricatura del entusiasmo. «En las gigantescas ramas de la más perfecta de las religiones, pueden los renuevos del entusiasmo, llegar á alturas prodigiosas; en las arenosas llanuras de los chinos, no se obtienen más que tallos achaparrados». (2)

Todo esto puede decirse igualmente del Racionalismo, que desgraciadamente, aun hoy día, ejerce su tiranía en la vida práctica. En realidad, no fué casual el que, en tiempo de su más grande desarrollo, escogiera nuestro racionalismo como divisa la trenza de los chinos. También exteriormente se manifiesta el parentesco del espíritu. En unos y en otros se nota la misma falta de ideal, el mismo horror á la grandeza y al imperio de sí mismo. Todo lo que es grande y heroico, es despreciado como fanatismo. Y, sin embargo, ¿hay peor fanatismo que ese odio contra todo lo que es noble y grande? Sí, el racionalismo está muy alejado de ese exceso en el bien, de que hemos hablado ya, pero no á causa de su racionalidad, sino á causa del vacío ilimitado de su horizonte.

7. Hedonismo, Justo Medio, Utilitarismo.—Nadie creará que sea esta la exacta y razonable significación del principio del Justo Medio; es en realidad completamente extraña al sentido en que lo toman la doctrina peripatética y la doctrina cristiana.

Pero existe todavía otra explicación de este principio fundamental, más opuesto á la doctrina cristiana que el

(1) Wuttke, obra citada, II, 116.

(2) Íd., II, 75.

que acabamos de ver, explicación que se ha dado cuando se ha discutido la materia que estamos tratando. Un erudito, cuyo nombre ha tenido gran resonancia, y del cual conservamos una obra de valor sobre la historia de los sistemas de moral, es el que se ha hecho culpable de semejante error. Tal es el ilustre Bautain, que en esta materia ha confundido la doctrina aristotélica y la doctrina cristiana con el Utilitarismo, formando así de ellas, un juicio tan falto de base como de exactitud. (1) Si formara causa común con ese sistema nuestra doctrina, merecería ciertamente ser censurada y rechazada. Semejante tendencia tiene sus raíces en el tiempo de la gran decadencia del mundo griego, siendo su principal representante Aristipo, discípulo de Sócrates, fundador de la escuela Cirenaica y padre del Hedonismo. No conocía más que un mal: «el dolor ó la pena; y un sólo bien, el placer. La medida y el dominio de sí mismo en el goce son los mejores medios para aumentar el placer; el colmo de la verdadera sabiduría es moderarse en el placer, desear, no lo que se puede conseguir, sino lo que no se posee, y esto con cautela; en gozar siempre del momento presente, sabiendo sacar de él el mayor gusto posible, pero no en tal proporción, que sea obstáculo para un goce posterior». (2) Como se ve, poco se diferencia esta opinión de la de Epicuro, según el cual «debe consistir la virtud en el estricto examen de los diferentes géneros de placer ó disgusto, y después en dar la preferencia á los que aseguran mejor el gran fin que se llama tranquila serenidad del corazón». (3) «Todo exceso de placer agota pronto al hombre, y le deja un dejo amarguísimo; por eso, añade, en toda clase de goces, exige moderación la prudencia, pero particularmente en los sensuales, pues sólo de esta manera puede hacerse de ellos más largo y mejor uso». (4)

(1) Bautain, *La moral del Evangelio*, 210-226.

(2) Diógenes Laercio, 2, 86 y sig.

(3) Íd., 10, 129 y sig.

(4) Cicerón, *Fin.*, 1, 11, 14; *Tuscul.*, 5, 33.

Semejante filosofía, que es la filosofía de los más refinados vividores, conviene tan bien al sentido corrompido del mundo, que no puede dejar de reclutar prosélitos en todo tiempo, y sobre todo en las épocas de decadencia moral. Así, pues, no hay que extrañarse de que desde la espantosa decadencia de costumbres del siglo pasado, se haya manifestado muchas veces, ya en forma grosera, ya en forma más refinada. De ahí ha salido la tan conocida doctrina del «Justo Medio» ó del pretendido «interés natural bien comprendido». Sus más ilustres maestros son: Bentham en Inglaterra, y Beneke en Alemania. Según esta escuela, el fin de nuestra actividad es «la utilidad». En otros términos: debemos substraernos á toda emoción desagradable, buscando, hasta la saciedad, los sentimientos que nos causan placer.

Según ella, la virtud es la capacidad de producir todo el bien posible; siendo el bien más elevado la «utilidad». Por consiguiente, el fin más elevado de la virtud es el egoísmo, esto es, la aspiración á la propia utilidad. Sin embargo, si, en su ilimitado egoísmo, pensase únicamente en sí mismo el hombre, podría causarse algún perjuicio. Por lo tanto, para saber moderarse con prudencia, debe pesar exactamente las pérdidas y las ganancias, y dejarse arrastrar del placer sólo en el caso de que tenga probabilidades de ser superior al perjuicio. Examinar exactamente el máximo de felicidad y el mínimo de desgracia, acrecentar en la mayor medida posible lo que es agradable, disminuir, en cuanto se pueda, lo que es desagradable; he aquí toda nuestra empresa. Resulta de ahí que es necesario cuidar mucho la facultad de pensar, porque podrían resultar enojosas consecuencias para el cerebro; fijarse mucho en la limosna que se da, para que no se resienta la fortuna; poner freno á la ambición, por miedo á que pueda turbar la tranquilidad.

Pero es necesario también tener en cuenta la manera como dependen de los demás las ventajas personales. No se debe cometer injusticia contra un tercero, porque, á su

vez, podría también perjudicarnos él. Débese, por el contrario, tratar de ser útil á los demás, porque siempre se puede necesitar algún servicio de ellos. No hay que decir que todo esto debe hacerse con el menor sacrificio posible. De esta manera, conduce naturalmente el egoísmo á la beneficencia, á la justicia, lo mismo en la vida privada que en la vida pública, y hasta á una conducta correcta con Dios: porque así lo exige el Justo Medio entre la indiferencia y la exageración. Debemos cumplir con nuestros deberes para con él, tanto como sea necesario, pero no deben exigirnos estos deberes grandes sacrificios. ⁽¹⁾ Si, esta doctrina, es también doctrina del Justo Medio, pero con ella, no hay virtud posible. Es la moral de los hombres honrados que á poco precio desean procurarse un buen nombre en el mundo. Considerada desde este punto de vista, no encierra nada desagradable. Según este principio, nadie tiene necesidad de pensar en dominarse, en hacer esfuerzos serios, en inquietarse sobre cuál es la verdadera bondad y la verdadera virtud del corazón. Y sin embargo, puede asegurar fácilmente las apariencias de un nombre ilustre. Para ello, sólo son necesarias dos cosas: conservar cierto prestigio exterior, y tener siempre y en todas partes presente su utilidad; porque, según esta doctrina, la bondad y la malicia de una acción, dependen únicamente del resultado externo. ¿Es útil? Es buena: ¿No es útil? Es una locura, un pecado. Ejecuta alguien una acción con intención recta y después de maduro examen; pero ha cedido en detrimento suyo, le ha causado un perjuicio: ha sido un loco, ha obrado mal. En estos casos el heroísmo viene á ser falta de juicio; la inmolación personal, fanatismo; dar sus bienes y su sangre por una causa santa, crimen; el sacrificio, hipocresía; la virtud, máscara tras la cual se oculta el más grosero egoísmo. Esto es tanto más triste, cuanto que, debemos confesarlo, nos ha-

(1) Bautain, 210-219; Stein, *Die pathol. Moralprincipien*, 149 y sig. Ahrens, *Rechtsphilosophie* (4) 1852, 47-60. Mohl, *Lit. der Staatswissenschaften*, III, 595, 635.

lamos en presencia de la pretendida virtud de nuestro gran mundo.

8. Triple punto de vista en que hay que colocarse para determinar el Justo Medio.—Según lo dicho, se ve que esta cuestión no es tan fácil de resolver como pudiera creerse á primera vista. Nos proporciona un ejemplo muy instructivo, y es que no basta presentar cualquier fórmula, por más clara, fácil y comprensible que aparezca. Con reconocimiento aceptarán siempre los espíritus modestos, que aspiran á la verdad, que la doctrina cristiana les dé una indicación que les permita descifrar el verdadero sentido de una cuestión.

Por lo que toca al sentido del principio actualmente en cuestión, quiere decir desde luego que el bien se halla entre dos extremos. Representémonos de un lado un atrevido titiritero que por algunos céntimos expone su vida con temeridad que raya en locura, y de otro lado un personaje delicado que tiembla por su salud á la menor corriente de aire que se siente en una iglesia y completamente inofensivo para millares de personas. Entre los dos, representémonos un médico á quien no impide cumplir con su deber el peligro cierto de un contagio; no tendremos necesidad de discurrir mucho para saber donde está la virtud. Está en el medio. Todos saben qué virtudes se mantienen en el término medio entre la grosera violación de las reglas de buena crianza, y la empalagosa afectación; entre el sentimentalismo y la insensibilidad; entre la estupidez de un espíritu afeminado y los arrebatos de la ira. Fácil es comprender que la verdad y el bien se hallan entre la exaltación y el rebajamiento de sí mismo, entre el desaliño y la extremada afición á componerse, entre la prodigalidad y la codicia, entre la ambición y el oscurecimiento de sí mismo.

Mientras se trata sólo de saber donde se halla la virtud, se contesta con la mayor facilidad; pero así y todo la virtud no aparece. Preséntanse después otras dos cuestiones, que no son tan fáciles de resolver. Así, aunque veo un

campo situado en medio de otros dos, no sé, sin embargo, cuál es su extensión ni donde comienzan los límites que lo separan de los que están contiguos, y más allá de los cuales no puedo trabajar sin violar el derecho. Con todo, examinando exactamente, se hallará por fin lo que se busca sin que cueste mucho trabajo.

Pero sucede á veces que hay que hallar el Justo Medio entre límites que no siempre son inmóviles; y en tal caso hay que dar pruebas de mucha prudencia y de gran circunspección para no perjudicarse á sí mismo ni á los demás. Nadie puede trazar de antemano la ruta que deben seguir el piloto encargado de dirigir un buque á través de una corriente que cambia sin cesar, ó bien sobre bancos de arena movediza, ó el cochero que debe conducir su vehículo, ya á lo largo de una gran hilera de coches, ya junto á turbas amotinadas; tienen que hallarlo ellos mismos, y no tienen más medios que los ojos y la inteligencia. Ahora bien, estos dos casos se hallan también en el campo de la moralidad. Hay una clase de obligaciones, que impuestas una vez sólidamente, permanecen siempre las mismas, y de manera inalterable. Están determinados los límites por los dos lados y con la exactitud más rigurosa. En tal caso hállese el Justo Medio en la cosa misma á que se refiere el ejercicio de la virtud; pero no todo ejercicio de la virtud tiene por objeto una cosa tangible é inmanente. En este caso no puede precisarse de antemano el Justo Medio; pero en cada uno de los casos que se presenten, está obligado á hallarlo el que haya de cumplir un deber, no teniendo á su disposición para hallarlo más medios que la prudencia y la perspicacia. De ahí viene, se dice, que «el Justo Medio se encuentra, ya en la naturaleza de la cosa, ya en la inteligencia del hombre». ⁽¹⁾

Cuando se trata de lo mío y de lo tuyo, de dar y de recibir, de derecho y de deber, de obligaciones y de reciprocidad á esas obligaciones; en una palabra, cuando se trata de virtudes que entran en el dominio de la justicia, no es

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 64, a. 2.

difícil decir, las más de las veces, cuándo está uno en lo justo, porque ya el justo medio está fijo y determinado por el objeto ó por el cumplimiento del acto en sí mismo. Si debo á uno cien pesetas, ya sé lo que debo hacer para satisfacer á la justicia. Si he prometido á otro prestarle un servicio en tal ó cual tiempo determinado, el mismo estado de las cosas me dice dónde se encuentra en un caso la falta, y donde en otro se halla la verdadera práctica de la justicia. Pero no es lo mismo cuando me hago á mí mismo esta pregunta: En este caso ¿no han pecado, éste por prodigalidad, y aquél por avaricia? Quien tema cargar con la responsabilidad de un juicio severo, reflexione antes de contestar, temeroso de perjudicar al prójimo. Esa manera de obrar ¿no es violación de las reglas de buena educación, celo imprudente, pretensión y orgullo? Y si es así, ¿dónde podrá detenerse la circunspección? ¿dónde comienza la timidez? ¿hasta dónde pueden llegar la caridad y la severidad? ¿dónde hay pasión? ¿dónde pecado? ¿qué duración puede darse al goce para no faltar á la moderación? ¿dónde terminan el deber de hablar y el derecho de callar? Y hay muchas más preguntas á que nadie podría contestar con ligereza. Todos dirán que, antes de contestar, es necesario conocer exactamente las circunstancias, examinar al que ha obrado de aquella manera, y tener en cuenta las personas de que se ha acompañado, quién resolvería esta cuestión, cuándo y cómo la resolvería. Quizá después de todo esto, se atreva á dar su opinión; pues podría suceder que una acción, defectuosa en cien casos, perfectamente justa en otros, fuera, sin embargo, condenable relativamente á las personas de que se trata, en razón de las circunstancias que las rodean, mientras sería excusable en otras colocadas en circunstancias ordinarias. La práctica de la virtud difiere según los casos particulares. No pedimos lo mismo á un militar que á un religioso, á una señora de elevada posición que á una sirvienta, á una madre que á una hija joven.

9. **Dificultades para obtenerlo.**—Se experimenta por

lo mismo dolorosa impresión, cuando se ve á esta moral racionalista de hombres honrados imitando á la de los chinos, y lanzando una mirada orgullosa sobre las supuestas exageraciones de los cristianos, como si nada fuera tan fácil como la práctica de la virtud, á condición, sin embargo, de formarnos de ella una idea exacta. Obrando así, cada uno tiene naturalmente á la vista la suya, y, de hecho, creemos de buen grado que no hay mucha dificultad en practicar una virtud que con tanta elevación nos han pintado esos filósofos vividores. Mas, á pesar de todo, decimos con seguridad que no es tan fácil la virtud, y que en la práctica del bien, es bastante difícil alcanzar el verdadero punto. Ni quedarnos jamás por debajo de nuestra capacidad de obrar, ni aspirar nunca á traspasarla; he aquí una empresa que dista mucho de carecer de importancia. Debemos obrar con celo y con fervor, pero sin faltar jamás á la modestia y á la mansedumbre; debemos luchar para vencer todos los obstáculos, pero sin perder la tranquilidad interior, y sin turbarnos á nosotros mismos; debemos obrar con conciencia, pero sin ansiedad, con circunspección, sin perplejidades; debemos ser prudentes, pero no tímidos; activos pero no revoltosos. La verdadera medida exige de nosotros tranquilidad sin negligencia, energía sin rudeza, seriedad sin aspereza, condescendencia sin debilidad. Debemos dominarnos, pero no nos está permitido dejar que se entorpezcan nuestras facultades; debemos desprendernos de todo, y no despreciar nada; debemos servir á Dios y á nuestra alma, sin prescindir de los deberes que tenemos en el mundo. En todo debemos conciliar la tranquilidad y la razón, con el calor y fuego interior, armonizando la delicadeza del corazón con la firmeza de la voluntad y, lo que es más difícil, no permitiendo que vengan á turbar nuestro espíritu falsas apariencias. Pero en ninguna parte se encuentra más frecuentemente este peligro que donde creemos con seguridad haber encontrado el bien. Por eso, cuanto mejor nos parece una cosa, con mayor escrupulosidad debemos examinarla para que no nos seduzca la apa-